EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

AÑO IV | REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN Plaza de Cetina (antiguo local del Gobierno Civil) ANUNCIOS Á PRECIOS ECONÓMICOS | MURCIA 3 DE NOVIEMBRE DE 1902 | PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN En Murcia, un mes. . . . . pesetas 1 Fuera, trimestre. . . . . » 3 NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES | NÚM 771

CRÓNICA

Romería macabra

Por la polvorienta carretera avanza, avanza de regreso del cementerio, la macabra romería. Unos en tranvias, otros en carruajes particulares, otros en ómnibus y tartanas de alquiler, algunos en bicicleta, no pocos á pié: todos dejaron atrás la ciudad luctuosa de la muerte y tornan á la ciudad riente de la vida.

No revelan sus rostros la tristeza, propia de la lúgubre mansión que abandonaron: más bien reflejan la alegría, característica de la populosa capital á la que vuelven: adviértense sonrisas en muchos labios y lágrimas en pocos ojos.

Panteones y mausoleos, soberbios monumentos que el cariño, la gratitud ó la vanidad de los vivos consagran á los que ya no existen: cruces y lápidas, con sus inscripciones sentidas ó ampulosas: coronas, flores y luces: todo aquel aparato fúnebre se vá esfumando, se vá desvaneciendo en su mente, para dejar lugar á las impresiones plácidas y las imágenes regocijadas que le sustituyen.

A unos, les llevó el deseo piadoso de visitar á sus muertos: á otros el incentivo de la curiosidad cuando no el bullicio de la *fiesta*: fiesta que constituye una profanación sacrílega de aquel lugar sagrado, y en la que no faltan ni aun los puestos y las libaciones propios de otras alegres y bulliciosos romerías.

Allí quedaron las coronas y las flores: allí quedó la ofrenda más sentida y piadosa de las lágrimas: pero allí quedaron solos, muy solos los muertos: los vivos tornan, huyendo á la fúnebre soledad de los sepulcros, ansiando confundirse en el ruidoso estrépito de la vida.

La ciudad de la muerte queda en el más completo abandono: la mayor parte de los que allí fueron, no volverán—si es que vuelven—hasta otro dia de Difuntos: se repetirá entonces la obstentosa ofrenda de coronas, flores y luces de los más: la pura ofrenda de lágrimas de los menos, será la que se repetirá ante algunos sepulcros humildes durante el año.

Yo abomino de esa romería macabra, como abomino de ese homenaje tributado en público á los muertos, ante la curiosidad malsana y profanadora de las muchedumbres: prefiero el homenaje íntimo, sin testigos, á solas con el recuerdo doloroso, en otro dia cualquiera: cuando no haya miradas indiscretas que sorprendan las lágrimas que brotan de los ojos ante la tierra sagrada que oculta los restos queridos, los restos adorados.

Derramar unas lágrimas, murmurar unos rezos, deshojar unas flores, sin que curiosidades ni indiscreciones turben la muda solemnidad del tributo rendido á los muertos: he aquí el homenaje más sencillo, más tierno, más poético: el que más satisface y el que más grato debe resultar á los ojos de Dios.

F. Bautista Monserrat

XII ANIVERSARIO

DE LA SEÑORA

Doña Maria del Carmen Gomez

de Albacete y Arana,

QUE FALLECIO EL DIA 4 DE NOVIEMBRE DE 1890

R. I. P.

En sufragio de su alma, las de sus padres

D. José Gomez de Albacete y Castillo y D.ª Angustias Arana y Moreno

padres y hermano políticos

Don Antonio Lopez Delgado, doña Juliana Palacios Zapata y don Agustin Lopez Palacios,

Se dedicará mañana martes 4 del corriente, una solemne función á Jesús Sacramentado, teniendo esta lugar á las diez de la mañana y se dirán misas de media en media hora, desde el alba hasta las doce en la iglesia parroquial de San Pedro Apóstol, de Alcantarilla.

Después de la reserva se cantará un solemne responso

Su viudo Don Emilio Lopez Palacios, hijos y demás familia,

Esperan merecer de sus amigos y personas piadosas el señalado favor de asistir á alguno de estos cultos y aplicarlos por el eterno descanso de dichos finados, por lo que les quedarán altamente reconocidos.

Alcantarilla 3 de Noviembre de 1902.

Los Emmos. y Excmos. Sres. Nuncio de Su Santidad, Arzobispo primado de Toledo, Arzobispo Obispo de Madrid-Alcalá, y Obispos de Sión, Cartagena-Murcia y Orihuela, se han dignado conceder, respectivamente, 100, 80, y 40 dias de indulgencia á todos los fieles [illegible] y cualquier acto de piedad, caridad ó devoción que practiquen en sufragio de las almas de dichos finados.

COLABORACION

TRISTEZA

Ya se acerca el mes de Octubre,
y sé que me muero, madre;
ya las hojas amarillas
se desprenden de los árboles,
ya espira el plazo... Las nieblas
se tienden sobre los mares;
ya se alfombran los paseos,
ya viene más frio el aire.
Qué triste está mi guitarra,
qué solitaria la calle,
ya no bailan las mozuelas
al compás de mis cantares,
y la luna envuelta en sombras
se mece sobre los mares.
Ya se acerca el mes de Octubre,
y sé que me muero, madre,
más quiero morir cantando
como en el bosque las aves:
témpleme usted la guitarra
que mis desventuras cante,
ahora que tienden las nieblas
su manto sobre los mares,
y que és más blanca la luna,
y que és más tímido el aire.
¡Qué poco suenan las cuerdas!
súbalas usté aunque salten;
quiero que se rompan todas
cuando mi vida se acabe
para que después de muerto
no pueda tocarla nadie.
Cuando me muera no quiero
cortejo que me acompañe,
solo quiero de mortaja
mi guitarra y mis cantares.
Ya las hojas amarillas
se desprenden de los árboles;
ya se acerca el mes de Octubre
y sé que me muero, madre.

Luis Estero y L. de Haro.

Moral de Calatrava.

UN CUENTO DIARIO

La promesa (1)

I

Y sonaron las campanas con esa tristeza que encierra el melancólico sonido conque se despiden los muertos de esta vida.

En la puerta de la iglesia se detuvo un fúnebre cortejo, para dejar sobre una mesa una caja blanca como la nieve, que encerraba un cuerpo rígido, que fué, y esto es fama, el más gallardo tipo de la mujer más hermosa.

Iban todos muy tristes, cabizbajos, silenciosos, como estatuas que se mueven por resorte... ¡tanto sintieron la muerte de Teresa!

Pude escuchar el rumor de unas palabras entre un corro de los varios que, formados en la plaza de la iglesia, esperaban que el cura terminara sus cánticos de rúbrica para seguir la marcha al cementerio.

Hablaban con misterio y á cada pregunta ú observación precedía una mirada recelosa, como si el que hablaba temiera ser oido.

—¡Lástima de mujer!

—¡Qué hermosa era!

—¡Y morirse por un hombre sin corazón...!

—Poco á poco, señores, aquí hay historia y muy honda; á veces no es lo que se manifiesta en la cara el retrato fiel de lo que en el alma se siente. Yo sé que Juan ha querido á Teresa como un loco; yo la he visto muchas noches cuando todos creian que ya no hacía caso de ella, pasarse las horas frente al balcón de la estancia donde ella tenía su cama, y eran más largos los plantones que se daba mirando las luces de la habitación, á medida que la enfermedad iba poniendo en peligro la vida de Teresa.

—¿Y por qué no subió á verla ni una sola vez?

—¡Ese es el secreto! Juan tenía una promesa hecha á su madre. Su madre le había dicho:—Para ver á esa mujer tienes que pasar por encima de mí, ella ó yo, escoge y piensa que no es capricho mi exigencia; yo te quiero más que ella, yo no puedo querer un mal para tí y por eso te aconsejo de esta manera confiada en tu obediencia; pero si tú no estás dispuesto á obedecerme, yo, estoy dispuesta á ser un obstáculo que tendrás que vencer violentamente...

Y Juan que veía á su madre enferma no le pudo negar la promesa de olvidar á la mujer por quien vivía.

¡Olvidarla! Fácil es prometerlo: dos palabras, un signo con los dedos, un beso que sella el juramento, nada. ¡Pero cumplirlo!

Cumplirlo ya es obra de mucho tiempo; muchas lágrimas contenidas al salir, muchos deseos vencidos con trabajo y grandes penas apuradas lentamente y en silencio, como quien apura un vaso de licor muy amargo sin quitarlo de los labios y sin que pase por su garganta más de una gota.

La madre de Juan cumplió sus horas y aun no hace un año que la llevamos al lugar de los muertos. El hijo ha sido fiel á su palabra. Lleno de tristeza, sombrío y desesperado pasa por la calle sin mirar á nadie, tal vez por no ver motivo de acordarse de Teresa, pero es inútil; la lleva muy dentro, muy dentro. Cuanto más solo está más se agiganta su figura ante sus ojos y más le oprime su recuerdo el corazón. ¡Juan es un mártir! ¡Hay que compadecerlo!

Dice todo el pueblo que es malo, que es criminal; le achacan á su mal corazón la muerte de Teresa... Yo me río cuando lo oigo. ¡Si el pueblo supiera *la promesa*, qué grande aparecería la figura de Juan ante todos! Creedme, Juan es un alma muy grande; porque gigante es el alma que en su lucha titánica con el corazón, sabe triunfar.

El luchaba entre dos amores: el de su madre y el de Teresa. *Motivos de familia*, historias pasadas que nunca faltan en las generaciones de los pueblos, obligaron á la madre de Juan á exigir á este el juramento de renunciar para siempre á aquella mujer: «sino tendrás que pasar por encima de mí para verla»... y esta frase salida de unos labios secos por la fiebre lenta que consumía una vida, decidió al hijo: hizo la promesa... ¡es tan triste pasar por encima de una madre...!

—Sigamos el féretro.

—¡Pobre mujer!

Y la comitiva se encamó al cementerir para depositar aquel cuerpo de una virgen hermosa, muerta por un amor infausto.

Llegaron al borde de la tumba y dejaron aquella caja blanca sobre el montón de tierraremovida; los acompañantes formaron un círculo en torno de la muerta, murmuraron una oración y hubo quien destapó el féretro para verla por última vez. Un rumor casi general exclamó simultáneamente al ver aquel rostro pálido y sin vida:

—¡Parece que duerme...!

II

Pasaron pocas horas; las que el sol necesitó para trasponer la montaña.

Camino del cementerio iban dos hombres silenciosos.

Uno de ellos rompió su mutismo y por los ademanes parecía querer persuadir al otro para volver al pueblo.

Pero Juan, que era uno de ellos, contestó á su acompañante:

—Es inútil; si tienes miedo de escalar esas tapias, déjame solo, vete; yo escarbaré la tierra con las manos, con mi faca, con un hueso que encuentre, y la veré... ¡hace ya un año que no la he visto, y ya no vive mi madre!

Y siguieron hacia adelante hasta llegar á las paredes del camposanto, que escalaron con gran presteza.

Dejaron atrás cruces y cipreses, panteones y osarios, verjas y lápidas sin que ninguno de los dos se atreviera á formular una palabra.

El terror de los muertos hiela el alma y paraliza la lengua: no hay miedo más insuperable que el que nos inspiran los difuntos; es el gran misterio y el misterio es el marco infinito cuyo cuadro se encarga de llevar nuestra exaltada imaginación.

Al llegar cerca de una tapia exclamó el que á Juan acompañaba: ¡Aquí está! Y señaló una tumba removida y húmeda.

Estaba junto á la pared y al final de una calle larga y estrecha de cipreses que limitaban una larga fila de tumbas.

La fosa de la que habían enterrado aquella tarde era la última de todas.

Para llegar á ella había necesidad de pasar por otra que se interponía entre aquellos hombres y la tumba de Teresa: la tumba interpuesta se iluminó de pronto por un rayo de luna fugitivo de una nube y la lápida mostro en grandes letras negras el nombre de la madre de Juan, quien cayó de rodillas casi desplomado y rumbó en sus oidos aquella frase triste: «tendrás que pasar por encima de mí para verla.»

Juan casi arrastrado de aquel sitio por su acompañante regresó al pueblo sin cumplir su propósito y perdida la esperanza de cumplirlo. Estaban las tumbas juntas... ¡tenía que pasar por encima de su madre!

III

Una tarde de Otoño, de esas tardes grises en que todo convida á meditar, cuando van desnudándose los árboles de sus hojas y vistiéndose los cielos con sus nubes de plomo, Juan allá en lo más lóbrego de un valle, pensaba en cosas hondas [illegible] las almas que sufren, hora melancólica y dulce para los corazones que aman.

Cuando tengais en el cerebro algun pesar tan grande que pueda con su peso inclinar la balanza de la vida, buscad la compañía de un amigo, entrad en la corriente del bullicio humano, tened una distración, algo que os evite pensar y huid la soledad y el retiro en esa hora del crepúsculo que embriaga el espíritu y nos arrastra hácia el abismo como si el disco rojo del sol poniente fuera un informe imán que nos arrastra hácia él á escudriñar los misterios de otros mundos.

Juan levantó los ojos, miró el sol que se hundía y sintió la atracción del potente imán.

Entonces pensó en Teresa y luego en su madre: ¡siempre interponiéndose... hasta en el pensamiento!

—Si—dijo—cumplí tu promesa, madre mía. ¡No podrás quejarte de mí! ¡Tu vida fué una valla que me impidió pasar á donde ví mi dicha... ¡otra valla que no hubiera sido tu cuerpo la hubiera hecho pedazos!

Murió aquella mujer y tu tumba se opone ante la suya como si Dios sirviera tus propósitos... ¡Tampoco por tí pude verla aquella noche! ¡Otra tumba que no fuera la tuya hubiera sido pisoteada por mí para ver mis amores enterrados! Yo pienso que tú y ella merecísteis la gloria y estaréis allá arriba disfrutándola... Yo no quiero ir allí, porque acaso olvidara aquella promesa y pasara por encima de tí para besarla con mi espíritu... ¡Quiero estar lejos...!

Y buscó la distancia que media entre los justos y el suicida.

¡Bien cumplió la promesa!

Pedro Jara Carrillo.

(1) Del libro GERMENES, próximo á publicarse.

CARTA DEL SR. PESCETTO

Sr. Director de EL CORREO DE LEVANTE.
MURCIA.

Muy Sr. mio y de mi consideración más distinguida: En los periódicos de su ilustrada dirección de los dias 25 y 28 del pasado veo las declaraciones hechas por el Senador D. Eduardo Pardo, en las que manifiesta, que ha permanecido neutral hasta hace poco, porque no ha llegado á convencerse por más esfuerzos que ha hecho, que la mezcla del aceite puro de olivas al pimiento perjudique los intereses de la huerta. Y yo, deseoso de iluminarle, de sacarle de ese estado de incertidumbre y que su opinión se incline siempre al lado de la justicia y de la verdad, como así mismo probar al Sr. Pulido que su Memoria le